

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero.

ESCENA PRIMERA

DOÑA MARGARITA, LA CONDESA DE ANGOSTURA, LUCÍA.
La primera sale del oratorio con un libro de rezos en la mano, persignándose, acompañada de Lucía. La segunda entra por el foro derecha.

CONDESA.

Margarita, contra ti vengo.

DOÑA MARGARITA

(A Lucía.) ¿Quién es?

LUCÍA

La señora Condesa de Angostura.

DOÑA MARGARITA

¡Ah! Pilar; ven aquí. (A Lucía.) Déjame ya.
(Vase Lucía por la izquierda primer término. La Condesa y doña Margarita se juntan, se estrechan las manos, y se dirigen al sofá de la derecha.)

CONDESA

Aquí me tienes otra vez.

DOÑA MARGARITA

Siéntate á mi lado, Teresa.

CONDESA

No soy Teresa; soy Pilar Angostura.

DOÑA MARGARITA

¡Ah! perdona. Es que se me turba un poco la memoria, y equivoco los nombres de las amigas. Ven, sentémonos aquí. (Se sientan.)

CONDESA

Me ha dicho Simón que Celia no está.

DOÑA MARGARITA

Ha salido en coche. Mi sobrina divide hoy su tiempo entre dos ocupaciones absorbentes. Cuando no divaga por las calles, de tienda en tienda, se pasea por los libros; lee mucho, y su biblioteca crece como la yerba mala.

CONDESA

Pues me alegro de que Celia no esté en casa; así hablaremos con más libertad. Ante todo, anoche en casa de Quimondo, dijeron que Celia está cada día más melancólica, más abstraída; lo atribuyen á la sofoquina que tomó cuando despedisteis á la pobre Ester.

DOÑA MARGARITA

Eso ocurrió hace un año (Corrigiéndose); no, no; hace tres meses justos. Confundo y equivoco las fechas, como los nombres de las personas. Sigue: ¿qué tenías que decirme?

CONDESA

Pues nada, lo de siempre: sigo cantándote mi letanía. Después de repetirte por centésima vez que no hay mejor marido para Celia que mi hijo Ricardito, te diré: Margarita, «ora pro nobis».

DOÑA MARGARITA

Ya intercedo por ti; pero no respondo de que mis voces lleguen adonde deben llegar.

Yo no ceso de poner á tu hijo en los cuernos de la luna: ¡qué guapito!, ¡qué excelente joven!, formalito, temeroso de Dios...

CONDESA

Mi Ricardito es un ángel; bien lo sabes tú. No se junta con ninguno de esos bigardos que se pasan la vida charlando en los casinos. De mujeres no hablemos; yo creo que no las conoce más que por el forro. Es el tipo más perfecto del caballero español, noble y cristiano. Por cierto que hemos tenido que hacer un gran sacrificio para sacarle el Marquesado de Andújar, con Grandeza de España de primera clase. ¡Ay, hija!; nos ha costado un ojo de la cara: para pagar el impuesto de *Lanzas y medias annatas*, hemos tenido que vender una dehesa. Este título fué concedido por los Reyes Católicos á un ascendiente mío, Don Alonso de Losada y Barrientos, que fué Adelantado de Cazorla, Veinticuatro de Sevilla, y Veedor de las aimadrabas del Condado de Niebla.

DOÑA MARGARITA

¡Ay, qué títulos tan preciosos! ¿Y te los dieron á ti los Reyes Católicos?

CONDESA

A mí, no; al tatarabuelo de mi tatarabuelo; échale un galgo... De estas cosillas tocantes á la vanidad, debes hablar á Celia, que ha de sentirse muy halagada por la Grandeza de España y por llamarse Adelantada de Cazorla y Veinticuatro de Sevilla.

DOÑA MARGARITA

De todas esas zarandajas le hablaré; descuida.

CONDESA

Y que te ilumine Dios, amiga del alma.

ESCENA II

LAS MISMAS; DON EMILIO PATERNA y su esposa, que entran por el foro izquierda; después DON ALEJANDRO

TERESA

(Aparte á Paterna.) ¡Ah! Ya esta ahí la de Angostura, esa lagarta, trabajando el artículo.

PATERNA

(Saludando.) Doña Margarita... Condesa...

DOÑA MARGARITA

Aquí tenemos al Barón de la Cinta.

TERESA

No es el Barón de la Cinta; es Emilio Paterna.

DOÑA MARGARITA

Sí, sí; es que me confundí.

PATERNA

¿Qué tal, Margarita?

DOÑA MARGARITA

Pasando. ¿Y en casa, bien?

TERESA

Bien... Condesa, ¿cómo vamos?

CONDESA

Así, así.

PATERNA

¿No está Alejandro?

DON ALEJANDRO

(Entrando por el foro.) Aquí estoy. Les he visto entrar... (Avanza y estrecha la mano de las dos señoras. A Paterna.) A tu casa iba yo ahora.

PATERNA

Pues te evito el viaje. Tenemos que hablar. (Apártase con don Alejandro á la izquierda del proscenio. Las señoras quedan á la derecha.)

DON ALEJANDRO

Aquí me tienes.

PATERNA

¿Pero en qué estáis pensando? ¿No se decide todavía esa niña voluntariosa?

DON ALEJANDRO

Voluntariosa, tú lo has dicho; y tanto, que no he podido hacerle comprender que tu Luisito es el mejor partido para ella.

PATERNA

Por esas vacilaciones ha surgido una com-

plicación, que quizás dé al traste con nuestro proyecto.

DON ALEJANDRO

¿Qué es ello? Tu hijo continúa en París...

PATERNA

Precisamente. Por su pericia en todos los deportes, por su natural elegancia, se lleva de calle á toda la juventud dorada que hormiguea en la *Ville Lumière*. De allá me dicen que ha cautivado el corazón de la hija de un archimillonario yanqui: me temo mucho que mi Luis se deje arrastrar por las seducciones auríferas de la damisela norteamericana, que además es muy linda.

DON ALEJANDRO

Pues Emilio, yo no sé qué decirte; Celia...
(Siguen hablando.)

CONDESA

(En el grupo de las señoras.) Oiga usted, Teresa. En casa de la Cumbres Pardas se ha dicho que á su hijo de usted, Luisito, le ha salido en París una novia espléndida.

TERESA

Podrá ser.

CONDESA

La hija de un millonario yanqui, conocido en el mundo financiero por el rey del bacalao...

TERESA

(Burlándose.) Rey del bacalao, y príncipe de la vigilia ó abstinencia de carne. No le vendría mal esa novia á su hijo de usted, Pilar.

DOÑA MARGARITA

¿Y por qué no? Si la yanqui es católica...

CONDESA

Católico es mi Ricardo; pero no ayuna.
(Siguen charlando.)

PATERNA

Quien pierde más en esto, Alejandro, es tu sobrina, si no se decide pronto.

DON ALEJANDRO

Harto lo sé. Es mi candidato predilecto, y

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

no pasa día sin que yo cante á Celia las glorias de tu hijo.

PATERNA

Pero es necesario que insistas.

DON ALEJANDRO

¿Por qué no viene Luisito á Madrid?

PATERNA

¡Pero si el chico viene, y tu sobrina le encaja unas calabazas de padre y muy señor mío!

DON ALEJANDRO

No creo...

PATERNA

Haz comprender á Celia que Luis no es ningún pelagatos. Ya sabes que ha de heredar á su abuela materna; la cuantía de esa herencia la conoces muy bien tú, que eres testamentario de mi suegra.

DON ALEJANDRO

Unos cuatro millones calculo, en propiedad rústica y urbana.

PATERNA

Y lo que yo tengo y puedo tener, bien lo sabes tú. Mi negocio de minas no va mal. Si consigo desaguar la de la Unión, y encuentro nueva veta en la de Almagrera, mis negocios irán como una seda.

DON ALEJANDRO

Sí, Emilio, sí; pero yo no puedo responderte de Celia. Esa es otra mina que se nos ha inundado...

PATERNA

(Vivamente.) ¿De qué?

DON ALEJANDRO

De misticismo, de melancolía... Pasa las noches de claro en claro, leyendo... devorando libros de literatura, de sociología.

PATERNA

¡Ay, Alejandro! Desconfiemos de la mujer que incurra en la *fatal manía de pensar*, como dijo no sé quién.

TERESA

(En el grupo de la derecha.) Es extraño que siempre que venimos aquí, Celia se nos evapora; parece que huye de nosotros.

CONDESA

Así es; siempre que venimos aquí, resulta que se ha ido de paseo.

DOÑA MARGARITA

No digas eso, Pilar; recuerda que ayer tarde, cuando viniste aquí con tu hijo, Celia estaba en casa y os llevó en su coche al Retiro ó á la Castellana; no sé...

CONDESA

(Atónita.) Margarita, ¿estás en tu juicio? Yo no vine ayer. Los que acompañaron á Celia en su coche fueron la viuda de Quimondo y su hijo Pepito; ¡si les vi yo en el Retiro! Por cierto que esa tarasca de la Quimondo iba muy soplada de satisfacción á la derecha de Celia, y en la delantera del landó el pedan-

tuelo de Pepito, perorando como un sacamuelas... Margarita, tú estás equivocada.

DOÑA MARGARITA

(Llevándose las manos á la cabeza.) ¡Ay, sí! No sólo confundo las personas, sino las familias.

TERESA

¿Y ese Pepito Quimondo es uno de estos niños góticos que apestan por su sabiduría?

CONDESA

Sí, es un chico precoz; se indigesta con la lectura, y luego vomita su erudición sobre su mamá y personas que la acompañan.

TERESA

(Dirigiéndose con paso ligero al grupo de los caballeros.) Emilio.

PATERNA

¿Qué?

TERESA

Que debemos ponernos en guardia contra esa intriganta de la Quimondo.

PATERNA

¿Por qué?

TERESA

Ayer tarde estuvo aquí con su niño sabio, y Celia les llevó de paseo al Retiro, donde estuvieron toda la tarde.

PATERNA

Ya te lo dije, Alejandro: me dan mala espina las aficiones literarias y sociológicas de tu sobrinita... Dime, ¿ese escuerzo de Pepito Quimondo es catedrático?

DON ALEJANDRO

No lo sé; según mis noticias, su madre trata de conseguirle una plaza de asesor técnico de primera enseñanza.

TERESA

También la mamá es técnica; daba lecciones á domicilio, de francés y aritmética, cuando se enredó con Quimondo, que era un prestamista enriquecido... Por Dios, Alejandro; por el decoro y el porvenir de esta casa, im-

pida usted resueltamente que Celia se nos vuelva catedrática.

DON ALEJANDRO

No creo, no...

ESCENA III

LOS MISMOS; DON CRISTÓBAL, que entra por el foro izquierda.

DON CRISTÓBAL

Tanto bueno por aquí. (Acude á saludar á las señoras). ¡Teresa!, Pilar! (Saluda á Paterna). ¡Hola, Paterna!

PATERNA

Viene usted á tiempo, Cristóbal; estamos aquí tratando de un problema obscurísimo.

TERESA

Y de la solución de este problema depende el porvenir y el esplendor de esta casa...

DOÑA MARGARITA

(Levantándose fatigada.) Pilar, ¿quieres venir

connigo al oratorio? Estoy muy cansada, me marea la conversación.

CONDESA

Sí, me voy contigo. (Al oído de doña Margarita). El Paterna y su mujer me encocoran; no puedo resistir tanta soberbia y petulancia. (Dirigense hacia el oratorio, puerta primera derecha.)

DOÑA MARGARITA

Verás qué lindo está el oratorio después de restaurado; todo es nuevo: las vidrieras, los muebles, el altar...

ESCENA IV

TERESA, PATERNA, DON ALEJANDRO, DON CRISTÓBAL

DON CRISTÓBAL

¿Y á eso llaman ustedes problema?

TERESA

Llamémoslo acertijo.

DON ALEJANDRO

Empezaremos por enumerar los preten-

dientes á la mano de Celia. El primero es el celebrado *sportman* de fama mundial, don Luis de Paterna.

TERESA

No diga usted el primero; el único.

PATERNA

Déjale seguir.

DON ALEJANDRO

Tenemos luego el niño mojigato de los Condes de Angostura.

TERESA

(Señalando la puerta del oratorio.) Hable bajito, que puede venir la mamá.

DON ALEJANDRO

Desechado Ricardito por imbécil. Tenemos luego al niño gótico de la Quimondo.

TERESA

Desechado por sabio, pedante, insubstancial, tan pelma y latoso como su mamá. ¿Hay un cuarto pretendiente?

DON CRISTÓBAL

Sí: el cuarto es el Marquesito de Rocafiel, hijo de nuestro amigo el Barón de la Cinta.

DON ALEJANDRO

¡Y que no es poco insistente y machacón ese joven inflado y adiposo que parece una bola de sebo.

DON CRISTÓBAL

Pero no es tonto; se dedica á introducir en las fincas de su padre todos los adelantos de la ciencia agrícola: máquinas, nuevos métodos de cultivo...

TERESA

¡Angelito! Por eso tiene ese aspecto de gañán.

DON ALEJANDRO

Pero no se puede negar que es un partido aceptable; discutible como los demás.

TERESA

Por Dios, Alejandro; rechazó usted á Ricardito Angostura por querer imitar á San Luis

Gonzaga, y acepta á un destripaterrones que es la caricatura de San Isidro.

DON ALEJANDRO

Vaya, abreviemos: dínos tú, Cristóbal, si has notado en Celia preferencia por alguno de estos cuatros candidatos.

DON CRISTÓBAL

Yo, la verdad... no me atrevo á contestar concretamente... Mi tesis es que la rica hembra es la que ha de sentenciar en definitiva. Si desean informes de los sentimientos de la rica hembra, respecto á éste ó al otro candidato, pídanse los á Pastor que no se separa de Celia y la acompaña en sus estudios y meditaciones.

DON ALEJANDRO

¿Está Pastor en casa?

DON CRISTÓBAL

Entró conmigo: me dijo que había salido con Celia esta mañana; visitaron á no sé quién; después él se vino acá en el tranvía, y

ella se fué á la calle de Toledo, donde tenia que hacer algunas compras.

TERESA

¡Compras en la calle de Toledo!

PATERNA

¡Qué cosa más rara!

DON ALEJANDRO

(A Cristóbal.) Dile á Pastor que venga acá.
(Váse don Cristóbal por el foro izquierda.)

PATERNA

Alejandro, tu sobrina debe estar algo trastornada.

TERESA

Habrá ido á la *tienda del botijo*, á comprar alpargatas, sogas...

DON ALEJANDRO

Nada de eso: sin duda fué á repartir limosnas. (Vuelve don Cristóbal con Pastor.)

ESCENA V

DON ALEJANDRO, PATERNA, TERESA, DON CRISTÓBAL,
PASTOR

PASTOR

Ya me ha enterado Cristóbal de las dudas de ustedes.

PATERNA

Díganos si Celia ha mostrado preferencia por... por...

PASTOR

Diré á ustedes: Celia se muestra con todos atenta, afectuosa; pero yo que la observo cuidadosamente y creo penetrar en lo más hondo de su pensamiento, aseguro que la Marquesita de Monte-Montero no ha elegido aún al que ha de ser su esposo. Antes que vean ustedes á Celia casada con alguno de esos jovenzuelos, me verán á mí camino de Pekin... para casarme con la emperatriz de la China. (Ríen todos.)

TERESA

Eso, amigo Pastor, ya lo veremos.

DON CRISTÓBAL

(Que se asoma por el fondo.) Aquí está ya Celia.

PATERNA

Gracias á Dios. (Entra Celia por el foro, seguida de su doncella y de Simón que trae un grueso paquete envuelto en una tela.)

ESCENA VI

Los mismos; CELIA

CELIA

(Cogiendo de manos de Simón el envoltorio y dándolo á la doncella.) Toma; pon esto en mi cuarto. (Señalando la segunda puerta derecha. Vanse los criados. Celia avanza al proscenio.)

TERESA

(Corriendo á recibirla y besarla.) ¡Oh, querida! ¡Qué linda estás!

CELIA

(Saludando á Paterna.) Emilio, ¡dichosos los ojos!

PATERNA

(Besándole la mano.) La dicha es mía; mío el honor de ofrecer mis respetos á este portento de gracia y discreción; á la sin par Celia.

CELIA

¡Jesús, qué lisonjero! (A Teresa.) ¿Qué noticias tienes del bravo don Luis de Paterna?

PATERNA

Sigue en París... hace una vida vertiginosa...

TERESA

Allí se lo disputan, se lo rifan...; es el niño mimado de la alta sociedad parisién.

CELIA

¿No creen ustedes que ese delirio de fiestas será perjudicial para su salud?

TERESA

Sí, sí; hijo de mi alma, por mi gusto volvería á nuestro lado.

CELIA

Que venga, sí; que venga; que aquí le esperamos todos para felicitarle por sus triunfos. Que vuelva á su patria... donde le esperan sus amigos... donde le espera un brillante porvenir.

TERESA

(Abrazando efusivamente á Celia.) ¡Ay! hija mía, qué alegría me dan tus palabras: déjame que te dé mil besos. (La besa. Entra la Condesa por la puerta primera de la derecha.)

ESCENA VII

Los mismos; LA CONDESA DE ANGOSTURA

CELIA

¡Ah! Condesa, ¿estaba usted aquí?

CONDESA

Sí, hija mía; aquí llegué antes de las cuatro. Margarita me llevó á ver el oratorio y allí hemos estado rezando un rato; luego se ha quedado dormida, dormidita como un ángel; no he querido despertarla.

CELIA

La pobre tiita tiene ya la cabeza muy débil. Se duerme á cada rato, todo lo equivoca; y á veces ve lo que no existe ó nos cuenta sus conversaciones con seres que no están en este mundo.

CONDESA

¿Quieres que la despierte?

CELIA

No; dejémosla dormir. Yo iré luego á recogerla.

TERESA

La pobre doña Margarita, alma de Dios, ó está ya en el cielo, ó tocando sus puertas para que le abran.

DON ALEJANDRO

Si hay cielo, la tía Margarita tiene ya designado en él uno de los puestos mejores.

DON CRISTÓBAL

Es una santa.

CONDESA

Pero usted, Alejandro, parece dudar de que haya cielo.

DON ALEJANDRO

No es que yo dude, pero...

CONDESA

Estaría bueno que no existiera un lugar de bienaventuranza donde los justos recibieran su recompensa.

CELIA

Cielo hay seguramente, ¡pues no faltaba más!; pero como no lo hemos visto, ni nadie ha venido á contárnoslo, no sabemos por dónde entran ni qué puesto tienen allí los bienaventurados que van llegando.

PASTOR

Tiene razón Celia: creemos en el Cielo porque nos lo han enseñado en el catecismo, pero no sabemos cómo es.

DON CRISTÓBAL

Tampoco sabemos nada del Infierno, y por rutina creemos en él.

CONDESA

Cierto que con los ojos carnales, estas máquinas imperfectas que para poco sirven, no vemos el Cielo ni el Infierno; pero con los ojos de la fe los vemos, yo por lo menos, los veo muy claramente.

PATERNA

Yo, señoras y caballeros, diré á ustedes si me lo permiten, mi opinión sincera y leal sobre las cosas de ultratumba; no hay que hablar de si vemos ó no vemos el Cielo y el Infierno. Existen, si; pero no están ni arriba ni abajo, sino aquí, en la superficie de la tierra.

TERESA

Justo; aquí entre nosotros, en la humanidad.

CELIA

Muy bien.

PATERNA

Si; el cielo lo constituyen los ricos en grande y pequeña escala; los que por herencia ó por su trabajo poseen grandes caudales; los que sin estar en la esfera más alta de la riqueza, tienen medios de vivir cómodamente, explotando su ingenio ó el ingenio de los demás; los grandes políticos y burócratas que monopolizan las altas posiciones; los hombres agudos que poseen el arte de vivir de lo ajeno sin hurtarlo; los artistas de primer orden, y los de segundo y tercer orden que imitan con más ó menos facilidad á los primeros; los que viven á la sombra de las instituciones venerandas, Iglesia, Ejército, Marina; los grandes maestros de la gorronería, que viven bien, comen, beben y triunfan sin tener una peseta. Este es el cielo que conocemos, y no hay que buscar otro, lanzando nuestra mente por los espacios imaginarios.

PASTOR

Muy bien. Pues si ese es el cielo, ya sé yo lo que es el infierno.

TERESA

El infierno está en las clases humildes y desheredadas.

CELIA

En los pobres; en los trabajadores que con un triste jornal mantienen penosamente á su familia; en los desesperados; en los miserables; en los infelices ancianos que piden limosna en las puertas de las iglesias; en los niños vagabundos; en los golfos; en los mil y mil indigentes que no hallan consuelo en ninguna parte; en los que solicitados por el hambre caen en el crimen; en los lisiados y ciegos que vagan por las calles; en los que quieren ser buenos y no saben serlo; en el despojo social que los ricos arrojan de su cielo, cayendo en los abismos de donde no hay salida posible; en suma, decir infierno y cielo, es lo mismo que decir pobres y ricos.

CONDESA

¿Pero tú también, Celia, profesas ese materialismo?

CELIA

No se asuste, Condesa; yo admito esas ideas

provisionalmente hasta que averigüemos dónde están el otro cielo y el otro infierno.

DON ALEJANDRO

Estas ideas son muy bonitas para dichas entre hombres solos; á las señoras se las debe dejar encastilladas en su fe.

CELIA

Tengo que añadir un comentario, si me lo permiten.

PATERNA

Hable usted, Celia.

CELIA

Digo que en vuestro cielo se sufre, se padece. En el cielo mansión de los ricos, hay también condenados.

TERESA

Quiere decir que hay ricos que tocan el cielo con las manos.

DON ALEJANDRO

Claro, la dicha no es nunca completa.

CELIA

Y presumo que en vuestros infiernos hay quizás bienaventurados que gozan de la paz del alma y el sosiego de los justos.

PASTOR

Santos hay donde menos se piensa.

PATERNA

Y mártires en las propias regiones de la bienaventuranza.

CONDESA

(Suspirando.) ¡Ay! Los ricos aparentes, los ricos que sufren y lloran...

CELIA

¿Qué dice usted, Pilar?

CONDESA

¡Ay, si yo hablara! En fin, yo me retiro.

PATERNA

Nosotros también. Vamos á uno de los lu-

gares más agradables del cielo, el palacio de Cumbres Pardas.

TERESA

Es la hora del té. ¿Quieres venir, Celia?

CELIA

Gracias; esta tarde no salgo ya de casa.

PATERNA

Y tú, Alejandro, ¿vienes?

DON ALEJANDRO

No puedo. Cristóbal y yo tenemos que ir á la región más empingorotada y espaciosa del cielo de los ricos: el Banco de España.

DON CRISTÓBAL

Tenemos consejo esta tarde, y es de precisa asistencia.

DON ALEJANDRO

Hemos de tratar de la nueva emisión de Obligaciones del Tesoro. Condesa, si usted quiere, venga con nosotros y la dejaremos en su casa.

CONDESA

Muchas gracias; acepto, sí. (Besando á Celia.)
Mañana me tendrás aquí otra vez.

TERESA

Celia, hasta mañana.

PATERNA

Adiós, adorable Celia, la criatura más angelical de este cielo y del otro.

CELIA

Adiós, adiós. (Salen primero por el foro don Cristóbal y la Condesa; después don Alejandro, Teresa y Paterna.)

ESCENA VIII

CELIA, PASTOR

CELIA

(Llevándose las manos á la cabeza, con acento de supremo hastío y desesperación.) ¡Qué vida, señor! ¡Qué hastío! ¡Qué tristeza! (Se deja caer en la silla cubriéndose el rostro con las manos.)

PASTOR

(Cariñoso.) No te aflijas; ya que estamos solos, dime si persistes en la resolución audacísima de que me hablabas esta mañana.

CELIA

Sí, sí; persisto en ella. No soporto por más tiempo esta vida de mentiras y artificios; mi aburrimiento toca ya en desesperación. Quiero huir, quiero volar.

PASTOR

Antes de lanzarte á la aviación, medita un poco, Celia.

CELIA

¡La meditación, el estudio, la lectura! He navegado como una viajera loca por las páginas de tanto y tanto libro, y después de girar y girar en torno al mundo de las ideas, vuelvo al punto de partida, vuelvo á esta soledad negra, á este aislamiento de mi alma, que en ninguna parte encuentra la luz, ni el descanso, ni la paz. Mi familia me interesa poco; la sociedad que me cerca y me acomete

te para robarme la voluntad y envolverme en su egoísmo, me irrita, me repugna; esta morada espléndida, parece que se desploma sobre mí, y se desplomará, y entre los escombros quedaré sepultada con mis riquezas, estos montones de oro y de papeluchos que no me sirven para nada; pues con ellos no puedo esparcir la felicidad en torno mio, no puedo...

PASTOR

(Poniéndole la mano sobre la cabeza.) Celia querida, te permito que dejes correr tu pensamiento por los espacios de la fantasía, pero no te permito el delirio.

CELIA

Pues no deliro más, Pastor de mi alma. Déjame que repita lo que dije hace un rato, cuando esos necios y yo definimos á nuestro modo el Cielo y el Infierno.

PASTOR

Ya me acuerdo; dijiste que en el cielo, la mansión de los ricos, hay también penas, amarguras, sufrimientos...

CELIA

Pero me callé que soy la primera víctima de este cielo infernal. En mi suplicio parece que se esmeran los demonios más refinados. Hoy, Pastor, á los tres meses de aquel día siniestro en que me declararon mayor de edad, está mi alma lacerada por los mismos tormentos que me causó el doble error de la despedida de Germán y la despedida de Ester. Estos tormentos, ya lo sabes, son la ira, los celos, el despecho, la horrible batalla entre mi conciencia y...

PASTOR

Y una pasión que llamaré infantil por no darle un nombre que pudiera ofenderte.

CELIA

No me ofende nada de lo que tú me digas; reconozco mis errores, los dos tropiezos de aquel día fatídico. El primero fué la espontaneidad con que dejé traslucir á Germán mis sentimientos, y la ilusión pueril de unir su pobreza con mi riqueza, fascinada por la idea de un equilibrio social imposible, imposible...

PASTOR

Y tu dignidad quedó malparada.

CELIA

Nunca lloraré bastante aquel desengaño terrible que me incapacitaba para toda felicidad. No tuve grandeza de alma para perdonar á Ester su falta.

PASTOR

Te faltó serenidad para proceder como gran señora, haciendo gala de indulgencia y asegurando el porvenir de los seres inferiores que en tu servidumbre se habían lanzado por los caminos ó los vericuetos del amor.

CELIA

Fuí una vulgar celosa; me disparé contra mi criada y amiga; la llamé traidora y desleal... y ella me lanzó un dardo que aún tengo clavado en mi corazón. Mientras yo viva, retumbarán en mi cerebro las últimas palabras de Ester: «Celia no te envidio.» (Con risa nerviosa.) ¿Cómo había de envidiarme si yo, yo, su señora y amiga, era la envidiosa?